

verle desde luego su forma primitiva, pero oponiéndose á esta resolución el gobernador, tuvo que limitarse á restaurar la nave de la primitiva iglesia, que era en forma de rotonda.

La piedra sagrada está rodeada de una verja de hierro que permite ver muy bien las pinturas tan finamente efectuadas. En las caras que miran al Norte y Sud, están representados el envío de los discípulos á Betphage y la resurrección de Lázaro. Las inscripciones que acompañan á estos frescos no dejan duda alguna sobre la fecha en que fueron ejecutados. Ellos nos trasladan al siglo XII, es decir, á una época anterior á aquella en que los musulmanes volvieron á apoderarse de Jerusalén. Conocemos, pues, de una manera inconcusa el punto mismo en que los cruzados localizaban el episodio evangélico de Betphage, consagrado por un edificio muy anterior á la decoración de la estela.

La relación de estos hechos tan interesantes, y los bellos dibujos del capitán Guillemot, fueron enviados, á petición de Fr. Liévin, á su amigo M. Clermot-Gauneau, miembro del Instituto de Francia. Se hizo la lectura de dicha relación en una sesión de la Academia, la cual ordenó que se imprimiese. A consecuencia de esto, escribía el ilustre académico: «Los frailes latinos de la Tierra Santa, cuya crítica es algunas veces un tanto benigna, son, no obstante, por regla general, custodios fieles de la tradición tal como se hallaba reconocida en tiempo de los cruzados.»

Como acabamos de ver, el descubrimiento de la piedra que sirvió al Señor como de escalón en el día de su triunfo para montar sobre el pollino que debía llevarle á Jerusalén, ha dado á Betphage un nuevo nombre en los fastos arqueológicos; por lo demás podemos afirmar que este pueblo ha dejado de existir hace mucho tiempo; de él no quedan más que algunas cisternas, trozos de mosaicos, restos de columnas, muchos fragmentos de cerámica judaica y gran cantidad de escombros.

Betphage no es hoy sino una estación del viaje á Bethania, si bien en otro tiempo se verificaba allí la procesión del día de Ramos entre una gran concurrencia de peregrinos. He aquí como la describe Quarismio:

«Los frailes Menores y el pueblo se dirigían á Betphage muy de mañana. Después de haber besado la tierra y de haber hecho oración en voz baja, un diácono, revestido de dalmática, cantaba el Evangelio del día. El Superior repetía á dos de sus religiosos prosternados ante la misma orden de Jesús á sus discípulos: «Id á la aldea que está delante de vosotros, y al entrar en ella encontraréis un pollino sobre el que nadie ha montado todavía; desatadlo y traédmelo.» Obedientes los reli-

giosos, iban á donde se les mandaba, volviendo al poco tiempo con la humilde bestezuela preparada de antemano; ponían sobre ella un rico tapiz y hacían montar al Custodio representando la persona del Salvador, entrando en Jerusalén en medio de las bendiciones del pueblo. La procesión avanzaba al canto triunfal del *Hosanna*, sembrando sobre el camino flores y palmas. Era una cosa admirable ver en un país infiel, enemigo del nombre cristiano, la pompa extraordinaria de esta ceremonia y la alegría que al presenciarla demostraban todos los habitantes de Jerusalén.

»No solamente los católicos, sino los mismos cismáticos, y entre ellos los más ricos y poderosos, acompañaban al Padre Guardián hasta la ciudad, tributándole todos los honores hechos á Jesús por los niños hebreos.

»El concurso de extranjeros era considerable, y conservaban con gran cuidado la palma recogida en el camino de Betphage. De vuelta á su patria, la depositaban como una insigne reliquia en la iglesia parroquial.»

El origen de esta ceremonia, que desgraciadamente ha cesado á causa de los gastos que ocasionaba, es más interesante aún que la ceremonia misma, prosigue el mismo autor.

He aquí como lo refiere: «Una larga sequía, dice, trajo á la desolación á toda la Judea. Los animales, no hallando hierba en los campos ni agua en las fuentes, perecían á centenares. Los mismos hombres no podían ya resistir por más tiempo. En vano se oraba en las iglesias, en las sinagogas y en las mezquitas; el cielo permanecía de bronce, como en los tiempos de Elías. Finalmente, el gobernador de Jerusalén, desesperado, recurrió á los Franciscanos suplicándoles que se hiciesen para con Dios los intercesores del pueblo. Los frailes Menores respondieron que aceptaban voluntariamente, á condición, sin embargo, de que la oración había de ser pública. El gobernador consintió. Salieron, pues, los religiosos de su convento seguidos de todos los católicos, y precedidos de la cruz recorrieron las calles de Jerusalén cantando los salmos penitenciales y las letanias de los Santos. A su vuelta, el cielo se cubrió de nubes, y bien pronto una abundante lluvia devolvió la vida á los hombres, á los animales y á las plantas. Los musulmanes quedaron estupefactos, y llenos de reconocimiento consignaron el prodigio en sus anales, queriendo además que se repitiese todos los años la procesión para perpetuar su recuerdo. Mas el tiempo fué poco á poco haciendo olvidar los beneficios recibidos.

»Por insinuaciones de los pérfidos judíos, que les decían ser una cosa



indigna en un país mahometano ver llevar la cruz en señal de predominio, los turcos prohibieron dicha procesión, si bien permitiendo en su lugar la del Domingo de Ramos, aunque sin cruz.»

La procesión se detenía también en el sitio donde Jesús al ver la ciudad lloró por ella y se cantaba el Evangelio correspondiente á fin de recordar á todos los asistentes las terribles profecías que Jesucristo pronunció contra la ingrata Jerusalén. Cuando llegó cerca, al ver la ciudad, dice San Lucas, lloró Jesús sobre ella diciendo: «¡Ah si tú reconocieras siquiera en este día lo que puede atraerte la paz! mas ahora están en cubierto tus ojos. Porque vendrán días contra tí en que tus enemigos te cercarán de trincheras y te pondrán cerca y te estrecharán por todas partes. Y te derribarán en tierra y á tus hijos, que están dentro de tí, y no dejarán piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.» Jerusalén, esta reina de las ciudades, ha perdido su corona, no siendo hoy sino una esclava miserable encorvada bajo el terrible peso de la maldición divina.

La mezquita donde estuvo la iglesia de *Dominus flevit*, el Señor lloró, está arruinada.

Desde el *Dominus flevit* se divisa claramente Jerusalén, ofreciendo el aspecto de una belleza sorprendente é ineludible. No es un montón de ruinas y de cenizas, como se nos presentará cuando recorramos por su interior; parece desde allí más bien una ciudad verdaderamente real, cuyos almenados muros, puertas, cúpulas y brillantes minaretes, forman una vista sorprendente. Se distingue desde allí el Calvario, el monte Sión, la torre de David, el Patriarcado latino, San Salvador, los establecimientos rusos y la montaña de San Juan; y en el primer plano, asentado sobre sus cimientos salomónicos y dibujado por sus terrados, aparece el vasto cuadrilátero del templo, rodeado de antiguas murallas y cubierto de casitas de las más diversas y elegantes formas. En el segundo recinto destácase la mezquita de Omar, cuyos azulejos y mosaicos resplandecen bajo los rayos del sol.

No nos toca entrar aún en Sagrado recinto; saludémosla, continuando nuestro camino, desde el monte Scopus, donde Alejandro el Conquistador sintió, al mirarla, desvanecerse su ira, y por uno de los cinco caminos reales que conducían á la capital retrocederemos para acabar nuestra excursión á los principales y más notables puntos de Judea.

No muy lejos, después de dar una mirada al campo en que Jesucristo maldijo una higuera volviéndola estéril, hállase el sitio que según tradición sirvió de morada al anciano Simeón que recibió en sus brazos al niño Jesús.

Llámase este lugar torre de San Simeón, y véase en él una cisterna y arruinados paredones.

Aquella montaña alta é aislada, que como gigantesca escalinata se alza á lo lejos al noroeste de Jerusalén y atrae las miradas de cuantos atraviesan la llanura, lleva el nombre de Neby-Samuil (el profeta Samuel) y su cumbre, que está á novecientos y catorce metros sobre el nivel del Mediterráneo, forma una meseta de doscientos y cincuenta metros á lo largo por ciento á lo ancho. Es el monte más elevado de los alrededores de Jerusalén y uno de los lugares más venerables. En el centro de las tribus de Israel, se tuvieron en tiempo de los Jueces varias asambleas populares; á él acudieron los ancianos del pueblo hebreo en demanda de un rey á Samuel, y Saul, que seguido de un solo servidor iba por aquella tierra recogiendo los rebaños de su padre, fué ungido soberano.

Samuel iba envejeciendo, más bien quizás bajo el peso de los negocios, que por el de sus años. Instituyó jueces á sus dos hijos Joel y Abia, en Bersabée, al Mediodía, mientras que él continuaba ejerciendo sus atribuciones en la otra extremidad del país. Y no anduvieron sus hijos en el camino de él, sino que desviaron en pos de la avaricia y tomaron regalos y pervirtieron la justicia. Es la primera y única vez que la Escritura habla de esta iniquidad bajo el gobierno de los jueces; lo que hace ver manifiestamente con qué exactitud se había hecho justicia hasta entonces.

Reuniéronse en Ramatha todos los ancianos de Israel y se presentaron cerca de Samuel, y le hicieron ver que siendo él ya de mucha edad y vista la mala conducta de sus hijos, le rogaban instituyera sobre ellos un rey que les gobernara, á la manera que lo hacían las demás naciones.

Estas palabras desagradaron á Samuel, sin embargo, antes de contestarles lo consultó con el verdadero monarca, el Eterno, que hasta entonces había reinado solo sobre la posteridad de Jacob. Y Jehová le dijo: «Oye la voz de tu pueblo en todo lo que te diga, pues no á tí te rechazan, sino á mí, para que no vuelva á reinar sobre ellos. Así han hecho siempre desde que les saqué de Egipto hasta hoy. Así como me abandonaron á mí por servir á los dioses extranjeros, así te abandonan á tí también. Oye, pues, ahora su petición; pero antes hazles ver cuál será el gobierno del rey que sobre ellos ha de reinar.»

San Gregorio el Grande dice á propósito de este asunto: «Los hijos de Israel pidieron un rey, lo que era contrario á la voluntad del Señor; pero la autoridad real fué después causa de que el pueblo que había



despreciado á Dios, sirviese á los ídolos y adorase los simulacros.»

Samuel ejecutó las órdenes del Señor. «He aquí cuál será el gobierno del rey que sobre vosotros ha de reinar: Tomará vuestros hijos y los pondrá en sus carros y los hará sus guardias de á caballo, y que corren delante de sus coches, y los hará sus tribunos y centuriones, y labradores de sus campos, y segadores de sus mieses y que fabriquen sus armas y sus carros. Hará también á vuestras hijas sus perfumeras, sus cocineras y panaderas. Tomará asimismo lo mejor de vuestros campos, y viñas, y olivares, y lo dará á sus siervos. Y diezmará vuestras mieses y los esquilmos de las viñas para darlo á sus eunucos y criados. Tomará también vuestros siervos y siervas y mozos más robustos, y vuestros asnos, y los aplicará á su labor. Y clamaréis aquel día á causa de vuestro rey que os habéis elegido, y no os oirá el Señor en aquel día porque pedisteis tener un rey».

Según la interpretación común de los santos Padres y doctores católicos, Samuel expone en estas palabras, no los derechos legítimos de un rey cualquiera, sino el gobierno despótico de los reyes de Oriente. El que pedían los israelitas, una vez en posesión del supremo poder, podía fácilmente entregarse á las mismas violencias, sin ningún medio humano de corregirlas, sin trastornar la nación entera y exponerla quizás á mayores males; poderoso motivo para permanecer bajo el gobierno inmediato de Dios. «Cuando se predice el derecho de un rey, observa San Gregorio el Grande, se hace ver por la conducta de un solo encargado carnal lo que los demás harán por tiranía, no lo que los elegidos deben imitar, pues leemos en la misma historia de los reyes, que el rey Achab, por haber arrancado el fruto de la viña de Neboth, llevó sobre sí la cólera de Dios todopoderoso.» Sin embargo, aquí se enumera el derecho del rey á arrebatar de los campos, de las viñas y de los olivos las mejores plantaciones.

Cuando se predice en este lugar lo que habiéndose cometido, es castigado en otro, se hace ver que no estaba ordenado por Dios. Así, el rey electo David, cuando pidió la era del jebuseo Ornan para allí edificar un altar al Señor, no quiso usar de este derecho real de los tiranos, no consintiendo siquiera aceptar el sitio, sino después de haber dado en cambio el precio convenido. Puesto que las cosas contenidas en el derecho real están señaladas más bien para que se las deseche que para que se las imite, debemos considerarlas con tanta mayor atención, cuanto que si se las ignora, no se las puede evitar. Santo Tomás, el ángel de las escuelas, dice como San Gregorio: «Este derecho no era debido al rey, según la institución divina; pero antes bien se predecía la

usurpación de los reyes, que se crean derechos inicuos cuando degeneran en tiranía y despojan á sus súbditos. Y esto se explica por lo que añade al fin: *Y vosotros seréis sus esclavos*; lo que propiamente pertenece á la tiranía, pues los tiranos reinan sobre sus súbditos como sobre sus esclavos. También Samuel les decía esto para asustarles y para impedir que pidiesen un rey; pues la Escritura añade: *Pero el pueblo no quiso oír la voz de Samuel*.

En cuanto á la amenaza que les hace Samuel de que no serían oídos cuando clamaran contra la tiranía de sus príncipes, dábales á entender que merecían bien este rigor por preferir al reinado siempre bendito de Dios, al reinado, tan fácilmente abusivo de un hombre.

Sin embargo, veremos al Eterno por ministerio de sus profetas no solamente instituir reyes, sino reprenderles por sus excesos, castigándoles con calamidades de antemano anunciadas, y hasta despreciarles cuando han violado grave y habitualmente las leyes de la religión y de la humanidad.

Mas el pueblo no quiso dar oídos á las razones de Samuel sino que dijeron: «No, no; porque rey habrá entre nosotros, y nosotros seremos también contra todas las gentes, y nos juzgará nuestro rey y saldrá delante de nosotros, peleará por nosotros en nuestras guerras.» Y oyó Samuel las palabras del pueblo, y refiriólas en oídos del Señor. Y dijo el Señor á Samuel: «Oye su voz y pon rey sobre ellos.» Y dijo Samuel á los varones de Israel: «Váyase cada uno á su ciudad.» Había un varón de Benjamin, llamado Cis, hijo de Abiel. Tenía un hijo llamado Saul, varón escogido y bueno, y de gran talla, pues excedía á la de todos los del pueblo en toda la cabeza. Su padre le envió un día con un criado en busca de unas pollinas que se habían extraviado. Anduvieron largo tiempo, pero inútilmente, y Saul ya quería volverse, cuando se llegaron á Suf, cerca de Rama, morada de Samuel, y donde hoy todavía, después de tantos siglos, se llama la ciudad de Samuel. Entonces el criado recordó que en las inmediaciones vivía el hombre de Dios, á quien podrían consultar por lo que hacía al asunto que les preocupaba. Saul se resolvió á ir á aquel lugar; pero siguiendo la costumbre de Oriente, quería ofrecerle alguna cosa en señal de presente. Es sabido que los orientales no se presentan nunca á sus principales ni á ninguna persona de consideración sin que lleven un pequeño presente, por insignificante que sea; testigo de aquella verdad es aquel hombre del pueblo que al presentarse al rey de Persia, no teniendo otra cosa que ofrecerle, le obsequió con un poco de agua que llevaba en la palma de la mano. Saul iba á hacer lo mismo; pensó desde luego ofrecerle un pedazo de pan, pero todo lo